

sano, en la antesala del rey, y el ayuda de cámara Clery notó que aquel hombre le contemplaba con respeto y compasión. Clery se adelanta hácia él, el centinela se inclina, presenta las armas y tartamudea con temblorosa voz y como con sentimiento: «No podeis salir». «¿Creeis que yo soy el rey?»—respondió Clery. «Pues qué,—replicó el hombre del pueblo,—¿no sois el rey?» «No. ¿Sin duda nunca le habeis visto?» «¡Ah! No, y yo quisiera verle en otra parte y no aquí.» «Hablad bajo. Voy á entrar en su cuarto, dejaré la puerta entreabierta y podreis verle: está sentado junto á la ventana, con un libro en la mano.» Clery advirtió á la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió su lectura y se paseó con bondad muchas veces de un cuarto al otro, afectando pasar cerca del centinela, y dirigiéndole un signo mudo de inteligencia. «¡Oh!—dijo aquel hombre á Clery cuando el rey se retiró.—¡Qué bueno es el rey! ¡Cómo ama á sus hijos! No, yo no creeré nunca que nos hizo tanto mal.»

Un jóven colocado de centinela á lo último de los castaños manifestaba, por la benevolencia pintada en su fisonomía y por sus lágrimas, el dolor que le inspiraba la cautividad de la familia de sus reyes. Madama Isabel se acercó á aquel jóven para dirigir algunas palabras furtivas á aquel amigo desconocido de su hermano, y él hizo seña á la princesa de que habia un papel debajo de los escombros que cubrian aquella parte de la calle. Clery se inclinó para recoger aquel papel, fingiendo buscar ladrillos llanos para que el Delfin jugase al tejo. Los artilleros notaron el semblante del centinela, acusándole sus húmedos ojos. Se le condujo á la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con su sangre.

XI

Como toda la familia cayó enferma, viéndose obligada á guardar cama sucesivamente, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros frios del invierno, la municipalidad autorizó, despues de muchas formalidades, á Mr. Lemonnier, primer médico del rey, para que entrase en la prision. Sus conocimientos restablecieron pronto á la reina, á madama Isabel y á los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó más, y hasta inspiró temores á sus guardianes. La reina y su hija no se separaban de la cabecera de su cama, teniendo que volver ellas mismas á la suya. Clery velaba todas las noches en el cuarto de su amo, y cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poderse levantar para prestarle sus servicios estando aún convaleciente, ni vestir al Delfin. El rey, llenando por primera vez los deberes de una madre, levantaba, vestía y peinaba á su hijo. El niño pasaba todo el dia en el cuarto oscuro y helado de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad permiten á un niño dispensar á un enfermo. El mismo rey, levantándose por la noche y espionando el sueño del comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa á llevar un vaso de tisana á su criado. «¡Pobre Clery!—le decía.—¡Cuánto quisiera velar á mi vez al pié de vuestro lecho! Pero ved cómo nos observan. Tened ánimo y conservaos para vuestros amigos, porque ya no teneis señores.» El criado, enternecido, cubria de lágrimas las manos del rey.

La municipalidad mandó que se estrechase aún más el cautiverio en el mismo recinto de la torre, y en su consecuencia, hicieron subir un cantero que abrió agu-

jeros en el alféizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A mediodía bajó el hombre para comer, y el Delfin se puso á jugar con el martillo y el cincel que el obrero habia dejado junto á la puerta. Vino el rey y cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua habilidad para las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó á su hijo cómo se debian coger los útiles, y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el obrero y vió al rey hacer su obra con la seriedad de un hombre del oficio, no pudo mirar sin conmoverse lo que podia un cambio de fortuna. «Cuando salgais de esta torre,—dijo al rey con un instinto de compasión que daba la esperanza por certidumbre,—podreis decir que vos mismo habeis trabajado vuestra prision.» «¡Ay, amigo mio!—respondió el rey, entregándole el martillo y el cincel.—¿Cuándo y cómo saldré?» Cogió á su hijo por la mano y volvió á entrar en su cuarto, donde se paseó un largo rato en silencio.

Insensible á las privaciones que sólo recaian sobre él mismo, se presentaba con frecuencia á su mente y se escapaba algunas veces de su pecho la comparación del pasado esplendor en que habia visto á su esposa y á su hermana con su desnudez actual. Los aniversarios de sus felices dias, de su coronacion, de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del dia de su santo, eran para él dias marcados por mayor tristeza, y con frecuencia tambien por los ultrajes. El dia de San Luis, los federados y los artilleros de guardia vinieron con una alegría cruel á danzar en corro y cantar el *Ça ira* debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente á la reina aquellos dias de su union y de su felicidad, y le pedia perdonase á su suerte que los habia cambiado para ella en dias de luto. «¡Ah, madama!—le decia una noche, viéndola barrer el pavimento del cuarto de su hijo que estaba enfermo.—¡Qué oficio para una reina de Francia! ¡Y si lo vieses en Viena! ¡Ah! ¡Quién hubiese dicho que uniéndoos á mi suerte os haria descender tanto!» «¿Y en nada teneis—le dijo María Antonieta—la gloria de ser la mujer del mejor y del más perseguido de los hombres? ¿Tales desgracias no son las más majestuosas de todas las grandezas?»

Otra vez vió á madama Isabel que remendaba el vestido de la reina, á quien habian quitado hasta sus tijeras, obligada á cortar con los dientes el hilo de la aguja. «¡Ay, hermana!—le dijo.—¡Qué contraste! Nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil.» Aludia á una deliciosa residencia que se habia complacido en embellecer para su hermana con todo lo más elegante de la vida rústica, en tiempo de su prosperidad. Estos fueron sus únicos recuerdos de lo pasado; los evitaba como un choque del alma que podía arrancar una involuntaria exclamacion á su firmeza.

XII

La uniformidad de aquella vida comenzaba á cambiarla en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La presencia diaria de séres amados, la ternura mutua, más conocida desde que la etiqueta de las cortes no se interponia entre los sentimientos de la naturaleza; la regularidad de los mismos actos á las mismas horas, el paso de una habitacion á otra, las lecciones de los niños, sus juegos, las salidas al jardin que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, comer juntos, las conversaciones, las lecturas, aquel silencio profundo en los muros en torno de los

prisioneros, mientras que tando ruido se hacía lejos de ellos en torno de sus nombres; algunas caras de comisarios enternecidos, algunas inteligencias furtivas con el exterior, algunos complots oscuros de evasión agrandados por la esperanza, y aquella vista continua de calabozos, acostumbraban insensiblemente á los detenidos á su adversidad, y hasta les hacían descubrir el lado consolador de la desgracia, cuando un aumento de rigor en su prision y de aspereza en sus carceleros vino á agitar de nuevo su vida interior y hacerles conjeturar siniestros acontecimientos.

Llegó á ser odiosa y ofensiva aquella vigilancia para el pudor de las princesas. Se partía el pan de los prisioneros para descubrir billetes ocultos, se abrían las frutas, se rompían hasta los huesos de los melocotones, de miedo que una diestra astucia hubiese introducido en ellos correspondencias. Después de todas las comidas, se retiraban los cuchillos y los tenedores necesarios para trinchar los alimentos; se medía lo largo de las agujas de las princesas, bajo pretexto de que podían transformarse en armas de suicidio. Se trató de acompañar á la reina al cuarto de madama Isabel, adonde iba al mediodía á quitarse su bata de mañana, y sitiada siempre por aquella injuriosa mirada, renunció á cambiar el vestido. Se desplegó la ropa blanca pieza por pieza, y se registró al rey, quitándole hasta los pequeños útiles de oro de tocador con que rizaba su pelo y cuidaba sus dientes, viéndose obligado á dejarse crecer la barba, que siendo fuerte y retorcida hacía dentro, irritaba dolorosamente su piel y le obligaba á lavarse muchas veces al día en agua fresca. Tison y su mujer espiaban y contaban siempre á los comisarios los menores cuchicheos, los gestos y las miradas. Se dejaba entrar en el patio del Temple á los gritadores que pedían á grandes voces la cabeza de la reina y del rey. Rocher cantaba la *Carmãñola* al oído del rey, y enseñaba al Delfin coplas irritantes contra su madre y contra él mismo; el niño las repetía inocentemente y hacía ruborizar á su tia. Aquel hombre, ablandado un momento, había vuelto á recobrar su naturaleza, y bebía con el vino una nueva insolencia; la embriaguez, que le hacía dormirse todas las noches, principiaba todas las mañanas de nuevo. Obligadas las princesas á atravesar su cuarto para pasar al del rey ó salir de él, hallaban á aquel hombre siempre acostado á la hora de cenar, y con frecuencia también á la de comer. Vomitaba imprecaciones contra ellas, y les obligaba á esperar con los ojos bajos á que se vistiese. Los obreros que trabajaban en el exterior de la torre no cesaban tampoco de amenazar al rey; agitaban las herramientas encima de su cabeza, y uno de ellos levantó su hacha sobre el cuello de la reina, y la hubiera dejado caer si no hubiesen desviado el arma.

Un municipal despertó una noche al Delfin tirándole con fuerza de un brazo, para asegurarse, decía, de la presencia del niño. La reina se precipitó entre aquel hombre y su hijo, perdiendo la paciencia, y dirigió al comisario una aterradora mirada. Por primera vez la reina humillada desapareció, y se mostró la madre.

Una diputación de la Convención fué á visitar el Temple. Chabot, Dubois-Crancé, Drouet y Duprat formaban parte de ella. Al ver á Drouet, el maestro de postas de Sainte-Menehould, que reconociendo y haciendo arrestar al rey en Varennes, había sido la causa primera de todas sus desgracias, la reina, madama Isabel y los niños se pusieron pálidos, y creyeron ver aquel genio malo que se había aparecido á Bruto la víspera de Farsalia. Chabot y Drouet se sentaron sin ningun respeto delante de las princesas, que estaban en pié; hicieron preguntas á la reina, á que

no se dignó responder; luego preguntaron al rey si tenía que hacer alguna reclamación. «Yo no me quejo de nada,—respondió el rey,—pido sólo que hagan traer á mi mujer y á mis hijos la ropa blanca y los vestidos de que ya veis tienen necesidad.» Los trajes de las princesas se caían á pedazos, viéndose obligada la reina, para que el rey no fuese vestido de andrajos, á echar piezas á su casaca mientras dormía. Todos estos rigores y toda esta desnudez había sido consecuencia de las



Ocupaciones de la familia real en el Temple.—Pág. 221.

órdenes cada día más severas de la municipalidad. Tison y su mujer denunciaron la familia real á la Convención, afirmando que los prisioneros mantenían una correspondencia con el exterior; que tenían cuchicheos sospechosos con algunos comisarios; que madama Isabel, cenando una noche, dejó caer un lápiz que tenía en su pañuelo, y que se habían hallado en el aposento de la reina obleas y una pluma. Con esto volvieron á empezar los registros, deshaciendo hasta las almohadas y los colchones, y sacaron al Delfin, que dormía, de su cama para registrarla. La reina cogió al niño durante aquel tiempo en sus brazos y le calentó, pues estaba desnudo y tiritando de frío.

XIII

Sin embargo de todo, cuando más aumentaban el odio y la persecucion en torno de los cautivos, la emocion de su caída y lo triste de su situacion inspiraban más interes á algunas almas y temeridad á algunos adictos. La vista continua de los padecimientos, la dignidad, y quizá tambien la encantadora belleza de la reina, habian hecho traidores en la misma municipalidad. Si los grandes crímenes tientan á veces almas ardientes, los grandes sacrificios tientan tambien á corazones generosos, porque la compasion tiene su fanatismo. Arrancar á su prision, á sus perseguidores y al cadalso la familia de los reyes, y volverla por medio de una astucia heroica á la libertad, á la dicha y quizas al trono, era una tentativa que debia seducir por la magnitud misma de las dificultades y de los peligros, y encontrar imaginaciones capaces de soñarla y de atreverse á ponerla en planta. Halláronse en efecto.

Habia en aquel tiempo entre los miembros de la municipalidad un jóven llamado Toulan, natural de Tolosa y de humilde condicion. Apasionado por los estudios literarios, que ennoblecen el corazon, vino á establecerse en Paris, donde el comercio de libros, de que se ocupaba, satisfacía á la vez sus gustos y sus necesidades. Sus volúmenes, hojeados sin cesar á causa de su tráfico, habian comunicado á su imaginacion la pasion de la libertad y aquellas emanaciones novelescas que salen de los libros y embriagan el entendimiento. Habia tomado parte en la revolucion como en un sueño en accion; su ardor y su elocuencia le popularizaron en su seccion. Uno de los primeros en el asalto de las Tullerías el 10 de Agosto, habia sido tambien uno de los primeros en el Consejo de la municipalidad. Habiéndole notado sus colegas por su odio fogoso contra la tiranía, fué por lo mismo escogido para comisario en el Temple, en donde entró con el horror del tirano y de su familia, y de donde salió desde el primer dia con una adoracion apasionada por las víctimas. La vista de María Antonieta sobre todo, aquella majestad aumentada por su degradacion, aquella fisonomía en que la languidez de una cautiva templaba la altivez de una reina, aquella tristeza esparcida de repente como un velo sobre facciones en que brillaban aún tantas gracias, aquel último resplandor de la juventud que iba á extinguirse con la humedad de los calabozos, aquella cabeza de que tan cerca habia estado suspensa el hacha, y que le parecia ya ver cogida por los cabellos para ser presentada al pueblo por el verdugo, todo esto habia conmovido profundamente la sensibilidad de Toulan. Era una de aquellas almas que las emociones arrojan del primer golpe al extremo opuesto de su pensamiento, y que no discuten contra lo que siente su corazon. Todo lo que era bello le parecia posible. Buscó é intrigó, con falsas demostraciones de furor contra el rey, misiones más frecuentes y más asiduas en la torre del Temple, y se las habian prodigado. Procuró en todas las ocasiones que la reina notase los signos mudos que le dirigia, que sin dar sospecha á sus colegas, le hiciesen conocer que tenia un amigo entre sus perseguidores. Por fin lo consiguió.

Toulan, muy jóven, de pequeña estatura y delgado, tenia una de esas fisonomías delicadas y expresivas del Mediodía, en que el pensamiento habla en los ojos y en que la sensibilidad palpita en la movilidad de los músculos del rostro. Su

mirada era un lenguaje, y desde hacia ya tiempo la reina le habia comprendido. La presencia de otro comisario, unido siempre á los pasos de Toulan, le impedia explicarse más. Consiguió seducir á uno de sus colegas del Consejo de la municipalidad llamado Lepitre, y arrastrarle, por lo grande del proyecto y por el brillo de la recompensa, en un complot de evasion de la familia real.

Vió la reina á los dos comisarios de servicio juntos en la prision ponerse de rodillas ante ella, y ofrecerle en la oscuridad de su calabozo un sacrificio que el lugar, el peligro y la presencia de la muerte hacian superior á todos los prodigados á su prosperidad. La reina lo aceptó y les animó; dió con su propia mano á Toulan un rizo de sus cabellos, con esta divisa en lengua italiana: «El que teme morir no sabe amar». Era la carta de crédito dada por ella á Toulan para con sus amigos de fuera. Poco despues añadió á ella un billete de su mano para el caballero de Jarjais, su corresponsal secreto y jefe invisible de su complot. «Podeis tener confianza—le decia—en el hombre que os hablará de mi parte; conozco sus sentimientos, que desde hace cinco meses no han variado.»

Cierto número de realistas seguros, ocultos en Paris y diseminados en los batallones de la guardia nacional, fué vagamente iniciado en aquel plan de evasion, que consistía en corromper á fuerza de dinero algunos comisarios de la municipalidad encargados de la vigilancia de la prision, hacer una lista de los realistas más decididos entre los batallones de la guardia nacional de cada seccion, tomar medidas para que estos hombres, indicados como por la casualidad, se hallasen en un dia señalado en el destacamento que diese la guardia en la torre del Temple; hacer desarmar por estos conspiradores disfrazados el resto del destacamento durante la noche, libertar la familia real y conducirla, teniendo relevos preparados, hasta Dieppe, donde una barca pescadora la esperaria y la llevaria á Inglaterra con sus principales libertadores.

Intrépido é infatigable en su celo Toulan, provisto de sumas considerables que una firma del rey habia puesto á su disposicion en Paris, maduraba su plan con el mayor misterio, haciendo saber á la reina las tramas de sus partidarios; decia fuera las intenciones del rey; sondeaba con reserva á los principales jefes de partido en la Convencion y en la municipalidad; trataba de adivinar por todas partes secretas complicidades hasta en Marat, Robespierre y Danton; tanteaba la generosidad de los unos, la avaricia de los otros, y más feliz cada dia en sus empresas y más seguro del buen éxito, contaba ya muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad entre los cómplices de sus peligrosos desig-nios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, si no la esperanza, á lo ménos el sueño de la libertad.